



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FANTASIAS MADRILEÑAS



—Anda con cuidao, Coleta, que el tabernero de la esquina ice que siempre le das moneda falsa.

—¡Ay qué Dios! ¡Pus no paice sino que el vino que él me da á mí es legítimo!

SUMARIO

Taxi: De todo un poco, por Luis Taboada.—La niña bonita, por José Estremera.—Las confidencias de un beso, por Luis de Ansoa.—¡Perdido para siempre!, por Juan Pérez Zúñiga.—Don Emilio, por Antonio Peña y Goñi.—¡De double!, por Fiacre Yrizaroz.—Contraste, por Simón Delgado.—Al pie de la cocina, por Manuel Mera.—Mis amores, por J. López y Rodríguez.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Fantasías madrileñas.—Las errantes golondrinas, por Gil.—Las reformas militares, por Mecabib.



SRA. D.^a AURELIA MATRO DE ALONSO.

Muy señora mía de toda mi consideración: Hasta hace dos ó tres días no he leído la filípica que me dirige usted desde las columnas de *La Ilustración Nacional*, y bien sabe Dios que siento con toda mi alma haber provocado su enojo. Muestra usted en su excelente artículo tal discreción, que por nada del mundo quisiera aparecer á sus ojos con los defectos que usted me atribuye.

Perdóneme usted la inmodestia, pero no soy de esos que ridiculizan la virtud y ensalzan el vicio; antes, por el contrario, admiro á las mujeres hacendosas que saben hacer de un duro dós, y me postro reverentemente ante las madres de familia que aprovechan el gabán paterno para cortarles unos pantaloncitos holgados al niño chiquitín.

Usted no me conoce, señora, pues, de otro modo, sabría que yo tengo niños también, y no lo digo por alabar-me. Para buscar el necesario alimento, para proporcionarles el abrigo que la temperatura y la decencia exigen, trabajo día y noche, y aun así no puedo lograr que anden aseados: de manera que les dedico todos mis pantalones, y actualmente mi niño el mayor se engalana con un traje de pintitas que usé yo todo un verano.

Ya puede usted comprender qué clase de aristócrata será este cura.

Pero usted ha tomado en mal sentido mis palabras; usted me cree un gomoso sin reflexión; uno de esos solteros almibarados y ridículos que vituperan la economía del hogar, y si alguna vez fijan sus ojos en una señora casada, es para decir, con aire de conquista:

—¡Buena hembra! ¡Morrocotuda persona! ¡Lástima que sea tan cursi!

¡Ah, no y cien veces no! Yo vivo de la pluma, señora mía; yo escribo de una manera desenfrenada para obtener el pan cotidiano, y veo, con profundo pesar, que se me van acabando los asuntos. En tal situación, acudo á toda clase de resortes para salir del paso, y si no fuera porque le pareciese á usted ridículo, diría como el poeta

«que está la risa en mis labios
y el luto en mi corazón.»

Obligado por la fuerza de los asuntos, no siempre escribo lo que siento, y como, por otra parte, estoy muy lejos de suponer que mis pobres artículos van á sentar jurisprudencia, como las decisiones del Tribunal Supremo, dejo correr la pluma muchas veces exclamando para mis adentros en son de protesta:

—¡Bah! ¡De todos modos, esto no ha de leerlo nadie!...

Y aun leyéndolo, lo más que pueden decir de mí es que soy un tonto, cosa que no me sorprende poco ni mucho, porque tengo averiguado que todos los que escribimos para el público, en vez de meternos á adular poderosos ó á vender cigarros de contrabando, somos tontos de capirote.

No traduzca usted mis desventurados artículos en la acepción recta. No mire usted en ellos más que el inocente propósito de distraer al lector pintando cuadros, ó por mejor decir, caricaturas de familia.

Todo en el mundo tiene su lado cómico, y aun no hace muchos días estuve en casa de una señora que acababa de perder á su esposo, víctima de un atracón de besugo, y todos los allí presentes nos moríamos de risa, no porque se hubiese muerto el pobrecillo, que en paz descanse, sino porque á la señora se le había torcido la dentadura postiza á fuerza de lamentos, y parecía una mona desesperada.

¿Cree usted que en aquel instante no conocíamos todos lo legítimo de sus lágrimas y lo honrado de sus lamentaciones? Pues, sin embargo, la situación resultaba chistosa en grado sumo, y á mí me bullía en la imaginación un artículo cómico, que no me he atrevido á escribir, por no aumentar el enojo de los que, como usted, me atribuyen malos sentimientos.

Conste, pues, que no soy tan malo como usted cree, y que respeto profundamente á las damas, y si además son buenas y hacendosas, mejor que mejor. En prueba de que sólo la consideración guía mi pluma, diré á usted que no me han enojado sus reticencias ni me han herido sus sarcasmos, y que acepto resignado todos los epítetos que me adjudica.

No es usted una escritora vulgar, de esas que abandonan los calcetines conyugales para entregarse á la lírica y dejan que se pase el arroz por componer un soneto. Antes, al contrario, sé por buenas referencias que posee usted dotes apreciabilísimas como ama de su casa, y esto es más que suficiente para que yo baje la cabeza y le pida perdón por haber pretendido describir á las señoras que aprovechan la ropa usada en beneficio de sus chiquitines.

Aunque por el texto de su carta parece como que pone usted en duda que yo haya tenido madre, convendrá usted en que por necesidad había de tenerla, y añadiré que la tengo todavía, á Dios gracias; pues bien, no titubeo en declarar que me he puesto muchas veces los pantalones de mi padre, previamente reformados, y aun recuerdo con cariño un paletot color de aceituna que antes había sido *carrick*, perteneciente al autor de mis días; y recuerdo también que el maestro de escuela, al verme con aquel monumento encima, me pegó cuatro ó cinco bofetadas, creyendo que me había vestido de máscara para divertir á los demás chicos del colegio.

No terminaré esta deshilvanada epístola sin rogar á usted que reforme su juicio acerca de mis sentimientos, y que vea usted en esta palinodia el deseo de que me considere como su más respetuoso admirador, que besa sus pies,

LUIS TABOADA.

LA NIÑA BONITA

—Óyeme, siento abordar esta cuestión enojosa; pero ya se hace notar la vida que llevas, Rosa, y no puede continuar.

—Anda tu reputación en lenguas, y con razón se comenta que feroces tantos días, tantas noches en constante diversión.

—Sin goces exagerados, pasatiempos ordenados puedes tener, que no roben el tiempo á honestos cuidados.

—Ay, papá; ¡si soy tan joven!
—Por tu constante inquietud entre todas te señalas; amiga es la juventud del recato y la virtud, y son sus mejores galas.

—Con recursos infinitos vas despertando apetitos; y á mí me calisan sonrojos esos guiños de tus ojos.

—¡Si los tengo tan bonitos!

—Encantos que con largueza te dió la naturaleza, luces poco recatada.

—¿De qué sirve la belleza que es de todos ignorada?

—Tras de ser tan insinuante en el amor, he sabido que eres tan poco constante, que sueles cambiar de amante como cambias de vestido.

—¿Que soy coqueta? Es verdad; mas para esa enfermedad no necesito doctor, pues sé, con liarto dolor, que ha de curarme la edad.

—Toma ejemplo de tu hermana, que, huyendo vãos placeres, ni se alisa ni engalana, y emplea tarde y mañana en domésticos quehaceres.

—Nada del mundo desea, porque su hogar le recrea; y pasa su dulce vida retirada y retraída.

—Pero, papá, ¡si es tan feal!

JOSÉ ESTREMERA.

LAS CONFIDENCIAS DE UN BESO

I

En el fondo del alma
de una joven hermosa
estuve mucho tiempo en dulce calma,
como un rayo de luz en una rosa.....
¡Y qué tranquilidad en mi retiro!.....
Tan sólo alguna vez me conmovía
el agradable roce de un suspiro
que acompañando á una ilusión salía.
Y, satisfecho yo de mi acomodo,
en ocasiones mil me complacía
en perfumar y acariciarlo todo,
pasando entretenido la existencia
en ese movimiento
de ir desde el corazón al pensamiento
y bajar de la mente á la conciencia.....
Recto y suave camino
donde nunca hallé nada que ofendiese
á la moral más pura, y no tuviese
el tono arrobador de lo divino.

II

Haciendo una excursión á la cabeza
del ser encantador que me guardaba,
y que todos los días se bañaba
en la pila ideal de la pureza,
noté en una ocasión que aquel sosiego
en fiebre abrasadora se trocaba,
y como el fuego me convierte en fuego,
lleno de un ansia inexplicable y loca,
di en aquel sitio un latigazo..... y luego,
en lugar de ocultarme..... fui á su boca.....
Y un torpe afán acaso
iba del triunfo á conseguir la palma.....
Pero cerróme una oración el paso,
y entonces otra vez me volví al alma.

III

Mas..... ¡ahl!..... desde aquel día
yo no puedo explicar lo que sentía.....
Un malestar inacabable, extraño.....
¡Aquel cerebro me causaba daño,
y sin poderlo remediar..... volvíal.....
Y al contacto fatal de unos empeños
á cada instante de mayor rudeza,
perdía poco á poco mi pureza,
haciendo despropósitos en sueños.

IV

Y huí por fin con temerario alarde,
pues cedí á unas mentidas ilusiones.....
Al quererme coger las oraciones,
ya estaba en otros labios..... ¡y era tarde!

LUIS DE ANSORENA.

¡PERDIDO PARA SIEMPRE!

—Yo no sé dónde he guardado
ese dichoso papel,
que, por más que lo he buscado,
no he podido dar con él.
¿Si la doncella lo habrá
pescado? ¡Es lo más curioso!
¡Lo habrá cogido mamá
para envolver cualquier cosa?
¡Sabe Dios! Y el manuscrito
salta al momento á la vista,
pues le escribió mi Pepito,
que es famoso pendolista.
Dedicaré á San Antonio
padre-nuestros á granel
para que encargue al demonio
que me devuelva el papel.
Lo he perdido por descuido,
y eso es en mí cosa rara.
¡No sé cómo se ha perdido
siendo la letra tan clara!
Harta estoy de registrar
hasta el último rincón.
¡Dios mío! ¡No me hagas dar
más vueltas, por compasión!
Así exclamaba llorosa
la niña Luz Camarasa,
que, aunque es muy poquita cosa,
lleva el peso de su casa,
sin dejar de sostener
relaciones con Burguillos,

un joven de Santander
que comercia en calzoncillos,
y á más de ser propietario,
tiene gran disposición
para el arte culinario
(dicho sea con perdón).

La pobre Luz Camarasa
volvió á ver uno por uno
los rincones de la casa,
pero sin éxito alguno.

Y después que registró
con afán extraordinario
la almohadilla y el buró,
los cómodas y el armario,
renegando de su estrella,
desocupó en un segundo
el mundo de la doncella
(que era una mujer de mundo),
y examinó en un momento
tres cofres y un entredós.
Pero, nada, el documento
no le encontraba ni Dios.

Y al ver lo que sucedía,
le dijo á Luz su papá:
—¿Qué buscas, querida mía?
—Un papel. —¿Se ve acá.
¿Era un papel manuscrito
con letras gordas y claras,
que un día te dió Pepito
para que se lo guardaras,

y en una de sus carillas
contenía una receta
para poner pescadillas
con salsa á la vinagreta?

—Sí, tal. ¿Has roto el papel?
—No lo he podido partir.
—Entonces, ¿qué has hecho de él?
—¡No te lo quiero decir!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DON EMILIO

¿Castelar? No, señor. Arrieta.

Tratándose de MADRID CÓMICO, regocijase la mente y la pluma pide
juerga.

He buscado asuntos alegres, y me han salido al paso *El primo donno*,
Los albañiles de la música, *Los congresos de la literatura*, y otros del mismo
jazz que se prestan á la sátira y pueden dar margen á interesantes estudios.

Pero, en el embarazo de la elección, como diría D. Pompeyo Gener, ha
surgido ante mí la figura de D. Emilio Arrieta, y me ha hecho aplazar el
examen de primos donnos, congresos y albañiles.

Váyanse al demonio, por ahora, y hablemos de D. Emilio.

¿Qué tipo este D. Emilio!

Me lo encontré en la Carrera de San Jerónimo, pocos días antes de ve-
rificarse en el Teatro Español la apoteosis de Rafael Calvo.

—¿Cómo va, maestro?

—Calle usted, hombre! Estoy orgulloso: he escrito anoche la cantata para
Calvo, he pasado toda la noche sin dormir y me encuentro fresco como
una lechuga. No me duele la cabeza, no estoy cansado y volvería á em-
pezar.

Y en efecto, los ojos maliciosos de D. Emilio brillaban, como de
costumbre, henchidos de epigramas, y ni la fisonomía ni el porte del
maestro revelaban la menor fatiga.

Conozco pocos casos de longevidad espiritual parecidos al de Arrieta,
y poquísimos casos también de longevidad estomacal tan persistentes como
el del autor de *Marina*.

Bien dicen los franceses cuando aseguran que *quand l'estomac va, tout va*.
D. Emilio lo demuestra elocuentemente.

Pregúntente ustedes por su salud, y verán ustedes cómo se sienta *ad re-
calandum* en una silla y dice:

—¡Cada vez me siento mejor!

Es un hombre imposible para los que no disfrutan de una salud á prueba
de bomba, y yo, que me honro, desde hace muchos años, con la cariñosa
amistad del maestro, tengo que soportar silenciosamente las diferencias
que, por aquel concepto, nos han separado siempre.

Las alegrías, los dolores, las satisfacciones, los disgustos, todo lo ar-
regla con el ostracismo.

—Hoy tengo un humor de todos los demonios. Vamos á entregarnos
al ostracismo.

—Hoy estoy contento. Vamos á entregarnos al ostracismo.

Y el ostracismo es su panacea universal; y desde el 1.º de Setiembre
hasta el 30 de Abril, ostracismo va y ostracismo viene, no hay manera de
evitar la pesadilla.

Hay que advertir que el ostracismo de D. Emilio consiste en darse un
atacón de ostras, sin perjuicio de banderillar los toros que le correspon-
dan, es decir, sin perjuicio del Sauterne, de los macarrones á la italiana,
del *beefsteack*, del *chateaubriand* y demás refinamientos culinarios que
convierten al maestro en un Brillat-Savarin con corcheas.

¡Y váyan ustedes á seguirle en ese *Sud-express* del jugo gástrico, cuando
come uno como un gorrión y anda siempre á bofetadas con el bicarbonato
de sosa!

¡Y coman ustedes con un hombre que dice que no sabe hacia qué lado
cae el estómago, si á la derecha ó á la izquierda!

Afortunadamente, hay una persona que me venga de todos los ostracis-
mos de D. Emilio: el Vicario de Puente la Reina.

Cuando, durante el verano, se deja caer el maestro en su pueblo natal,
Pantagruel y Gargantúa se dan la mano para atiborrarle de caramelos.

De las veinticuatro horas del día, le hacen comer dieciocho, y *Un cabo-
llero particular* es grano de anís al lado de D. Emilio.

Le hacen tomar chocolate con carnero y café con cabrito. El cordero se
da á pasto, y la longaniza y el chorizo reemplazan al pan en aquellas orgías
del estómago.

Y cuando el maestro no puede con su alma y pide misericordia, allí
está el Vicario de Puente la Reina, amigo de infancia de D. Emilio, que
le dice paternalmente:

—¡Anda, Emilio, hinchate, hinchate, que sabe Dios lo que comerás en
Madrid!.....

Mens sana in corpore sano. Así está Arrieta que no hay quien pueda
con él, sano de cuerpo y de espíritu y con una viveza intelectual en la cual
ni los años, ni los trabajos, ni los disgustos han hecho mella.

LAS ERRANTES GOLONDRINAS



Recorren, con la guía-bajo el brazo, viajando sin cesar, el mundo entero, sin que entiendan de nadie una palabra y sin que nadie les entienda á ellos.



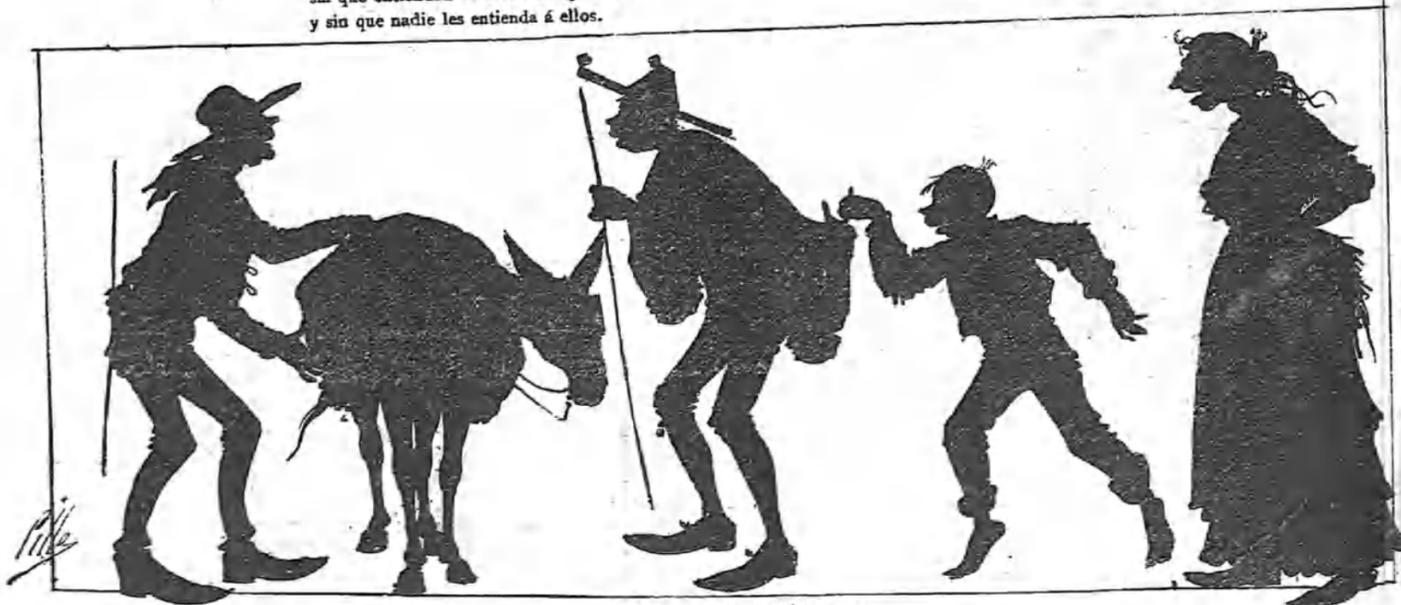
Cuando creáis que este moro masculla alguna oración, resultará que es un terno de San Felid de Guixols.



Hace habilidades por un perro chico, y no comen nunca ni el hombre ni el mico.



Comisionista de una fábrica francesa de plumas de acero. Viene expresamente á nombrar un representante en Navalpera!, porque se susurra que allí se surten de plumas alemanas.... ¡Y eso no puede ser!



Roban, venden, miden, pesan y no descansan ni un día.... ¡Dichosos los que profesan la andante gitanería!



Cruza con muchos apuros el río, el llano, la sierra.... y luego vuelve á su tierra con catorce ó quince duros.



Por cierto voto han salido del pueblo, y se van á orar á Roma. ¡Y el voto ha sido de vivir sin trabajar!

Si es cierto, como ha dicho Heine, que el chiste es el estornudo del espíritu, hay que confesar que D. Emilio sufre un constipado crónico; tal es el inagotable caudal de flocencias (fijense ustedes en el sustantivo) que mana de sus labios, como una función de fuegos artificiales.

D. Emilio es la encarnación de la sátira, tiene el don de ver en un instante el lado ridículo de las cosas y de destacarlo con una frase, con una palabra.

Sus chistes son latigazos; oye en ellos el chasquido de la fusta, y la *benévola* del maestro y su sonrisa volterriana dan incomparable realce á los estornudos espirituales de D. Emilio.

Aguzado su ingenio con el trato de hombres superiores, como Ayala, Selgas, García Gutiérrez y otros muchos, el caudal ajeno ha aumentado el propio y constituido un fondo común de gracias, de retruécanos, de sutilezas sin cuento, que, ayudadas por el espíritu de observación, hacen de D. Emilio un adversario temible.

El chiste es su arma ofensiva y defensiva; con él se defiende y con él ataca á sus enemigos. Los tiene feroces, encarnizados; si no los tuviera, sería un ser vulgar, y hace muchos años que Arrieta dió un puntapié á la vulgaridad y se elevó sobre el nivel de los que hoy le tocan los zancajos.

He hablado hace poco de su espíritu de observación. Una anécdota para demostrar hasta dónde llega el espíritu de observación en el maestro.

Durante la última invasión cólera estuvimos sin vernos todo el verano. Cuando regresé á Madrid, el cólera había desaparecido de España.

Fui á visitar á D. Emilio, y, como es natural, hablamos de la epidemia y de sus estragos.

Doliame yo de las víctimas que había producido el cólera, calculaba la mortandad que habría podido causar en Madrid, y la conversación se arrastraba triste y lánguida, cuando me interrumpió el maestro y me dijo dulcemente:

—Tiene usted razón, eso es lamentable, el cólera es cosa que espanta; pero ¿á que no ha hecho usted una observación?

—¿Cuál?

—Vamos á ver. ¿Cuánta gente calcula usted que habrá muerto en Madrid?

—No lo sé; dos mil, tres mil personas.

—Pues bien, ¿á que se ha encontrado usted enseguida á todas las que le reventaban á usted?

Y añadió filosóficamente:

—Fijese usted bien. Cuando hay guerras, pestes y calamidades, podrán morirse quinientas mil personas, pero en cuanto sale usted á la calle, tropieza usted con todos los que le reventan.

¡Y es verdad!

Después del espíritu de observación, lo que predomina en D. Emilio es la fuerza de voluntad.

Últimamente ha dado una prueba de ella que nos ha sumido en el desconsuelo á mí y á otros varios.

El maestro ha sido hasta hace poco un fumador tremendo. Su estómago era un receptáculo de nicotina, su boca una chimenea, sus dedos un carbón.

Puro tras puro, fumaba de día y de noche, sin tregua ni reposo, encendiendo quinientas veces cada cigarro, gastando en uno dos cajas de cerillas; máquina en constante ebullición, que engullía todas las vitolas y cortaba una plantación al rape.

Un médico (médico infame! le dijo:

—El cigarro le hace á usted daño; deje usted de fumar.

Y fué el maestro y llenó de puros su mesa de despacho, su mesa de noche, el comedor, la alcoba, la sala; repartió cigarros en todas las habitaciones; puso el acero en todas partes y sometió al imán á aquella aproximación continua, á aquel suplicio de Tántalo, del que salió victorioso don Emilio, en veinticuatro horas.

No fuma ya; se acabaron las brevas y las regalías, se acabaron Larrañaga y Henri Clay; no vemos un cigarro para un remedio.

Ese médico luctuoso nos ha partido por el eje.

¡Será de los que no desaparezcan cuando el cólera vuelva á Madrid!

ANTONIO PEÑA Y GOSI.

¡DE DOUBLÉ!

(Personajes: Trinidad y su madre doña Lina, paradas en una esquina junto al Monte de Piedad.)

—¡Anda, niña, sabe ya! ¡Jesús, y qué calma tienes! ¿No ves que si te entretienes no va á haber tiempo?

—¡Mamá,

qué vergüenza!... ¡Yo no quiero! —Pero, hija, ¡si la Manuela no puede ir á la plaza si no le llevo dinero!...

¿Te parece eso bonito?

¡Dígo! Y hoy precisamente que come tu pretendiente con nosotras. ¡Tu Pepito!

—¿Para qué le has convidado á comer?

—Pues para hablar.

Yo necesito indagar qué es lo que tiene pensado. Quiero hablarle de la boda, y á ver si de esa manera se deja caer.

—¡Dios quiera!

¿Y si luego se incomoda? —No importa. ¿O te has figurado que por ver á un majadero voy á gastarme el dinero en ponerle un estofado? ¡Para estofados está la Magdalena!...

—¡Dios mío!

—Gracias á que yo confío en que, al fin, se casará.

No tengo ni medio duro; pero, nada, eso no quita.

¡Santa Bárbara bendita me sacará del apuro, y aunque me da mucha pena hay que empeñarla ó me pierdo!...

¡Y eso que nunca me acuerdo de la santa hasta que truena!

(Y diciendo esto asustada, guarda debajo del chal

una virgen de metal completamente dorada.) —Anda, vamos enseguida. —¡Me da vergüenza!...

—¡Eso es tonto!

Como no subamos pronto, nos quedamos sin comida. ¡Vamos arriba!

—¡Qué escena!

—Que me espera la criada.

—Pero si no vale nada esa santa, si no es buena.

—¿Cómo que no es buena? ¡Hereje!

¿Y la fe? ¡Qué atrocidad!

Pues como salga verdad me dividen por el eje.

—Si es de *doublé*, crea usted que no es oro.

—¡Jesucristo!

Pero, niña, ¿en dónde has visto una virgen de *doublé*?

¡Una virgen! ¡Ay, qué chica!

¡Tu ignorancia es asombrosa!

¡Has de saber que eso es cosa que nunca se falsifica!

FIACRO YAÁYZOZ.

CONTRASTE

No he visto en mi vida mujer más traviesa que mi encantadora vecina Teresa. No calla un momento, no para un instante, arriba y abajo y atrás y adelante. Regaña, maldice, murmura, voceá, se irrita, se ríe, calumnia, pelea, se entera de todo lo que hay en la casa, se sabe al dedillo qué ocurre, qué pasa, censura ó aprueba lo malo y lo bueno, y cuenta enseguida lo suyo y lo ajeno. Se agita, se mueve como un molinillo, se va á la guardilla, se sale al pasillo que grita, que corre, que sube, que baja, ¡no sé cuándo come ni cuando trabaja! La pobre es chismosa, mordaz, embustera... ¡la falta un tornillo, según la portera! Por eso dispone de haciendas y vidas,

se pasa en el patio las horas perdidas, que chillá, que ríe, que canta, que rose, ni lava, ni limpia, ni plancha, ni cose; y en tanto al marido le lleva el demonio y está renegando de tal matrimonio. El hombre, parece que ya tiene miedo, porque habla muy bajo y pisa muy quedo. Por nada se irrita, por todo se calla, ni busca disputas, ni quiere batalla. De genio apacible, sencillo, modesto, tranquilo, ordenado, mañoso, dispuesto, le importa un pepino qué dicen, qué pasa, se cuida de todo y arregla su casa. Por eso le ofende, por eso le pesa que sea tan loca su amada Teresa, y todas las noches sereno y prudente la dá cuatro palmos silenciosamente.

SINESIO DELGADO.

AL PIE DE LA ENCINA

Vision en la espléndida campiña Felipe Luz y Rosalía Abarca, él un mozo gentil, y ella la niña más bonita de toda la comarca. Amábanse los dos; bajo la añosa encina venerable se citaba la pareja dichosa; y en tanto que la brisa murmuraba y la fuente gemía, y el pájaro ensayaba en el bosque su tierna melodía, y hozaba en torno un gorrinillo hambriento buscando algún sustento, de este modo decía una tarde Felipe á Rosalía: —Te amo tanto, bien mío que—lo digo de veras,— si tú por desventura te murieras yo me tiraba al río, y si un día, traidora, me olvidaras me mataba también, las cosas claras. Pídemme un sacrificio y lo haré en tu servicio.

Pídemme florecillas
del prado de allá abajo;
yo sólo por tu amor sufro el trabajo
de ponerme en cuclillas.
Y pídemme, asimismo,
un nido inaccesible de gorriones,
y por él treparé con heroísmo
sin temor á romper los pantalones.
Pero permite que en mi amante exceso
ponga en tu boca virginal un beso.

Y entonces respondía,
temblando de vergüenza, Rosalía:
—¡Ay! Yo también te quiero,
y en merecer tu amor sólo me esmero.
Bésame, lo permito;
pero ésa es la nariz, más abajo.

Debajo de la encina *galata*
iba á darse la cándida pareja
prueba de amor, cual las que oye la reina
de Capuleto en época remota,
cuando fiero bramido
resonó cerca, y espantoso toro
con bestial resoplido
heló el fuego de aquellos corazones:
el ósculo sonoro
descendió, por encanto, á los talones.

—¡Oh pies! ¿para qué os quiero?
—dijo entonces la hermosa.—
Y en tanto que el galante caballero
por la encina trepaba,
ella la falda azul se remangaba,
y ponía los pies en polvorosa.

Dice bien el amargo escepticismo:
ni hay virtud, ni hay amor, ni hay heroísmo.

MANUEL MERA.

MIS AMORES

Clara: esbelta, lindo pie;
soñadora, impenitente;
pocos años, mucha fe;
blanca tez, mirada ardiente;
me adoraba, y la dejé.

Adela: linda y discreta;
ella á adorar me enseñó;
linda faz, mirada inquieta;
muy coqueta, muy coqueta;
la adoraba, y me dejó.

Flora: lo que yo sufrí
con ella, ¡ábelo Dios!
la adoraba, porque sí;

ella me adoraba á mí,
y... nos dejamos los dos.

Cuando en mi raro destino
contempla mi mente inquieta
tanto y tanto desatino,
yo, que nunca fui profeta,
á profetizar me inclino.

Y puedo profetizar
que otra llegaré á encontrar;
no me amará, yo tampoco,
y esclavos del azar loco...
no nos podremos dejar.

J. LÓPEZ Y RODRÍGUEZ.



La *Correspondencia* llama á Succi el *consecuente* *ajunador*.
Así como quien dice el *consecuente* republicano,
ya no falta más que un paso para tropezar con un suelto por este
estilo:

«El reputado timador Sr. *Rata Sora* ha ingresado en la Cárcel Modelo
por abusar de la distinguida blasfemia.»

Cuenta con la lotería
para casarse don Blas
con su adorada Sofía,
y se pasa todo el día
diciendo: — ¡Cuándo caerás!

Tiene algún dinero Pura,
y que trata se murmura
de sacárselo Ramón;
pero Ramón asegura
que no es ésa su intención.

LUIS LÓPEZ.

¡Ay! No puedo menos de seguir copiando los *Avnes útiles*. Uno de los
del jueves dice así:

«Pobre simple mujer, ni con alambreras conseguirás tu descabellado
objeto.»

¡Diantre! Este sí que es un rompecabezas. ¡Alambreras! ¡Simple! ¡Descabellado! ¡Mujer! ¡Pobre!

Nada; ni con alambreras consigo el descabellado objeto de entender
una sílaba.

¡Permita Dios, mala pécora,
que te toque el premio grande,
y te gastés en botica
los diez millones de reales!

— Buenos días. ¿Es usted el propietario de la casa núm. 107 de la calle
del Rubio?

— Servidor de usted.

— Muy señor mío. Yo soy un inquilino de la casa de enfrente, y tengo
á pedirle á usted permiso para revocar la fachada.

— ¡Carambal! ¿Y á mí qué me importa? Revóquela usted.

— Hombre, la que yo quiero revocar no es la de mi casa, sino la de la
suya.

— No me parece eso natural.

— Pues lo es, si señor; porque la fachada de la casa de usted es la que
yo veo.



Libros:

Quejas y urullos se titula un tomito de poesías de D. Francisco de A.
Marull, que acaba de ver la luz pública. El autor revela inspiración é ingenio.

La intolerancia en España, por Ernesto Barck. Folleto de batalla en que
se tratan los puntos siguientes: *La invasión clerical*, *Sentencias sorprendentes del Supremo y España juzgada por la ortodoxia rusa*. Precio, 50 céntimos.

La Taquigrafía verdadera, segunda edición, notablemente aumentada y
perfeccionada por su autor D. Luis Cortés y Suanza. Este libro contiene
además tres comedias, y un completo refranero español, compuesto de
cerca de 3.000 proverbios. Precio: 10 pesetas, en la calle de Campoma-
nes, 6, bajo.

Delirios de amor, monólogo dramático, en verso, original de D. José So-
to y Pedreño, estrenado con gran éxito en el Teatro de Novedades, en
Febrero de 1885.

Acontecimientos literarios de 1888, por D. Melchor de Palau. Este distin-
guido publicista trata en su folleto de los asuntos siguientes: Entierro de
D. Manuel Fernández y González, Velada de Zorrilla en el Ateneo, *El
ciego de Buenavista*, de Bustillo. Precio: 1 peseta, en la librería de San
Martín.

Los sermones de mi cura (sátiras dedicadas á los señores párrocos), por
Augusto Roussel. Versión castellana con que se ha enriquecido la popular
biblioteca de *El Motín*. Precio: 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Anadeo.— ¡No, por Dios! Artículos no.

Sr. D. R. M.—Madrid.—Ni para el sábado que viene ni para el otro.
¡Si son verdes como hojitas de pino!

Antoñito Orejitas.—El público no tolera ya logogrifos, saltos de caba-
llo, etc., etc. Hémos adelantado todo eso.

Custo y Puro.—Tan viejo es ¡vive el cielo!
que eso que dibuja usted
lo dibujaba mi abuelo
en la mesa del café.

Sr. D. P. de L.—Bilbao.—Algunos podrían pasar, pero no valen la
pena de corregirlos. Lo siento. No recuerdo á ese señor de quien me envía
usted el saludo. ¿Quién será?

Sr. D. F. de E.—Toledo.—Muy serio es eso.

Mentiras frías.—«Los ojos que ni el *odo*» (así, sin h), es ni más ni
menos que la esfinge de Tebas. No la entiende ni Dios. Y además, ¿de
dónde saca usted que eso es *soneto*?

Riosana.—Purográfico y endehle. *Entrambas á dos cosas*.

Sr. D. J. M. de L.—Morón.—Bien hecho, como todos los de usted, pero
tiene frases demasiado duras para castos oídos.

Sr. D. F. de T.—Portugalete.—Siguen flojitos. No recuerdo las señas
de su casa para enviarle de nuevo los números extraviados.

Sr. D. F. C. de N.—Madrid.—Endehles la composición y las moralejas.

Sr. D. E. de C. R.—Ya es imposible, porque está hecho el número que
falta.

Rafaell.—¡Qué medianísimo es eso, Rafaell! ¡No tiene usted idea de los
octosílabos!

Pedro el Basterio.—¡Eso se lo contaron á usted en una carnicería! ¿Pues
no tenía gracia!

Tres aspirantes al Banco.—Tres eran, tres, los aspirantes al Banco, tres
eran, tres, y ninguno versificaba como es debido.

Sr. D. J. F. del C.—Son medianas, nada más que medianas. Y algo es
algo.

Sr. D. T. M. P.—¡Carambal! Si no fuera porque eso de las vecinas que
hablan con el novio está dicho de tantas maneras....

Ato.—Lo de la salsa verde hace poner colorado á cualquiera, y el ovi-
llejo.... ¡se muere uno de risa con el ovillojo!

Campoamado.—No es buena esa poesía.

¡Como que casi es la mía!

Pepín.—Efectivamente, no es oportuna.

Z. Gancho.—¡Y que no es viejo eso, compadre! Y ni cuando era *juven*
tenía gracia.

Sr. D. A. R. B.—Adolecen de muchas incorrecciones, que evitará usted
si se fija un poco.

Sr. D. J. V.—Madrid.—Y ésa tiene más incorrecciones todavía. Como
que puede decirse que es mala. Así, en seco.

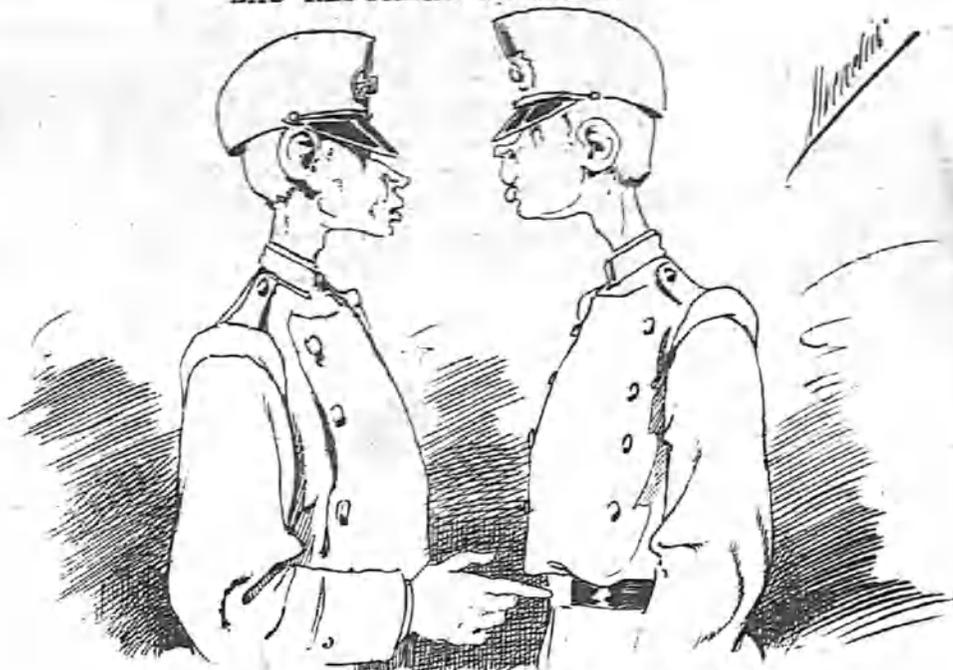
Tres acólitos.—No, tres acólitos no. Tres inocentes tórtolos.

Un silbante.—¿Sí? Pues silbese usted su propia composición. Y andando.

Midas.—Vulgar como élla sola. Digo no, como otras muchas.

Un cometa.—No la he recibido. ¿La envió usted por el interior?

Sr. D. L. M.—Deseo complacerle, pero eso es flojito. De lo otro....
¡no hay que hacer caso!....



—¿Sabes que van á hacer leyes nuevas pa la tropa y andan revueltos toos los jefes?

—¿Sí, eh? ¿Pues ya verás tül ¡Guerrera nueva tenemos!



LIT. V. FAURE.—POSTIGO S. MARTIN, 11 y 13.

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGÍO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDES

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.